

El proceso migratorio y las tendencias actuales del exilio cubano en Estados Unidos

Por *Jorge* HERNÁNDEZ MARTÍNEZ*

LA MIGRACIÓN INTERNACIONAL DE CUBANOS, cuyo destino fundamental es la sociedad norteamericana, constituye un proceso de larga data en la historia nacional de la mayor de las Antillas. Sus antecedentes se remontan al siglo XIX y alcanzan su intensidad máxima en el XX bajo el condicionamiento de factores económicos y políticos. Tanto en el plano objetivo o de la práctica social como en el subjetivo —concerniente a su reflejo y manipulación a través de los medios periodísticos, de los estudios de las ciencias sociales y de los discursos gubernamentales en los dos países aludidos— la expresión más notable de dicho proceso tiene lugar a partir del triunfo de la Revolución Cubana, a comienzos de 1959.

Ese proceso migratorio posee características singulares que lo diferencian un tanto del que se gesta en otros escenarios de América Latina y el Caribe y que tienen en común a Estados Unidos como principal anfitrión. Dichas características —durante la mayor parte del tiempo aquí considerado— son la sobresaliente gravitación política de Estados Unidos en los acontecimientos en la Isla y el tratamiento preferencial que se da a los cubanos, en especial mediante la política migratoria, en fuerte contraste con la que se aplica a los que proceden del Caribe insular y, más ampliamente, de la América al sur del Río Bravo.

En el presente, el escenario de la migración internacional está marcado por el incremento de la perspectiva de selectividad ante el arribo de los inmigrantes, su vinculación con la seguridad nacional de los Estados y la necesidad de protección ante problemas como el narcotráfico, el terrorismo internacional y el tráfico ilegal de personas. La tendencia a la migración de profesionales denota la creciente selectividad de las políticas y regulaciones migratorias de los diferentes países, proceso en el que se advierte un predominio de migrantes jóvenes y una suerte de feminización de la

* Profesor e investigador del Centro de Estudios Hemisféricos y sobre Estados Unidos (CEHSEU); y presidente de la Cátedra “Nuestra América” de la Universidad de La Habana, Cuba; e-mail: <jhernand@cehseu.uh.cu>.

migración, signada por el envejecimiento de las poblaciones de los principales países receptores y la contribución circunstancial de los migrantes al crecimiento demográfico, en particular de la población económicamente activa de esas naciones. Otras son las consecuencias para los países emisores, por lo general subdesarrollados y periféricos, cuyo comportamiento demográfico se afecta con la pérdida, resultante de la emigración de personas en plena capacidad laboral y reproductiva, particularmente cuando se refiere a hombres y mujeres jóvenes.

Así, los desplazamientos humanos desde el Sur hacia el Norte tienen lugar en correspondencia con la tendencia de los flujos migratorios de producirse desde lugares con menor desarrollo a otros comparativamente superiores. De ahí que se mantengan, en lo fundamental, los principales destinos históricos de la migración internacional y que, a la vez, se diversifiquen los países de recepción y tránsito de los migrantes, si bien en las Américas permanezca Estados Unidos en el sitio principal.

En ese marco general se refuerza la multicausalidad de los movimientos migratorios: razones económicas, expectativas de mejores condiciones de vida, reunificación familiar, función de las redes familiares y sociales, así como las ventajas comparativas de la inserción laboral y socioeconómica entre las sociedades de destino y origen.¹

Dada magnitud del flujo migratorio proveniente de la región latinoamericana y caribeña, la posición y actuación de Estados Unidos ha sido determinante a través del tiempo, y en la actualidad esa determinación se ha exacerbado bajo el gobierno republicano y conservador de Donald Trump y de su orientación antiinmigrante, discriminatoria, racista y xenófoba, encaminada especialmente al férreo control de su frontera sur, como principal paso de los migrantes de la región. Lo acontecido hasta el momento indica que la porosidad y extensión de esa frontera, la mexicana, se combina con la de la política migratoria estadounidense y su aplicación por el actual gobierno, marcado por la impredecible conducta presidencial.

En el contexto migratorio regional y global, los migrantes actuales y los futuros responden a patrones migratorios y de inserción con más similitudes que diferencias. Así, se refuerza la tendencia a los desplazamientos temporales, la incorporación al mercado labo-

¹ Véase Antonio Aja Díaz, *Al cruzar las fronteras*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2014.

ral en los sectores de los servicios, la construcción y el comercio, hacia ciudades grandes y a otras con ventajas comparativas a los lugares de origen. Las relaciones transnacionales se fortalecen donde el protagonismo de las remesas marca pautas en los vínculos entre países, territorios, poblaciones y familias. Justamente, en ese entorno se ubica hoy el proceso migratorio cubano que se acerca cada vez más al patrón migratorio latinoamericano y caribeño tradicional del que, a lo largo de muchas décadas, se apartaba en la medida en que éste se caracterizaba por el predominio de razones económicas de los migrantes, junto al envío de remesas, el retorno y la circularidad; por el contrario, la migración cubana era impulsada por factores políticos, la ruptura de relaciones con la Isla y tenía un carácter definitivo, todo lo cual conducía a la definición de las comunidades de cubanos establecidas en Estados Unidos —y en otros países, como España y Venezuela en las décadas de los sesenta y setenta— como un exilio.

*El proceso migratorio, el exilio y las relaciones
Cuba-Estados Unidos en su desarrollo histórico*

LA revolución que triunfa en Cuba en 1959 constituyó un punto de inflexión en el desarrollo histórico de las tendencias migratorias al propiciar cambios radicales en las esferas política, económica, social y cultural que alteraron la estructura de clases, las relaciones de propiedad y el imaginario o mundo subjetivo en esa nación. Antes de esa fecha la migración internacional de la Isla era un proceso con retornos, de connotaciones principalmente económicas o laborales (que involucraba a desempleados, subempleados y soñadores que buscaban espacios en el mercado de la fuerza de trabajo en el extranjero), educativas (que comprendía a personas cuyas posibilidades materiales les permitían realizar estudios universitarios en ese país) y turísticas (con una temporalidad limitada), con una baja proporción de sujetos que eran perseguidos por oponerse a la dictadura de Fulgencio Batista a través de acciones revolucionarias; después de 1959 la migración internacional de Cuba fue básicamente política y de carácter definitivo. Con ello, la migración redefinía las formas de interacción —y las relaciones entre los migrantes y la sociedad cubana— a través de movimientos masivos que tenían como destino principal a Estados Unidos y con frecuencia apelaban a acciones furtivas.

Prácticamente de inmediato, el propio año 1959 y durante la década de 1960, tiene lugar un drenaje migratorio que se manifiesta con intermitencia a través de oleadas, bajo el estímulo de la política de Estados Unidos, cuyos gobiernos sucesivos, hasta decenios posteriores, que se prolongan en el siglo XXI, incentivan la migración ilegal. De ahí que la dinámica migratoria cubana —conducente al surgimiento de un exilio histórico cuyo asentamiento central se establece en el mencionado país— no puede separarse, en su desenvolvimiento histórico real ni en su comprensión analítica, del conflicto prolongado por sesenta años entre Cuba y Estados Unidos.² Tanto el proceso migratorio implicado como el exilio de él derivado, así como la situación del país emisor y del receptor de esa migración, han cambiado a lo largo de los seis decenios transcurridos.

La migración es la resultante histórica de un proceso de prolongada presencia en la sociedad cubana, donde se conjugan, como ya se ha señalado, muy diversos factores: políticos, económicos, sociales e ideológicos, entre los que se incluyen condicionantes y características objetivas y subjetivas. En el caso de Cuba, ese proceso comienza a desarrollarse en el marco de la situación económica y las contradicciones políticas que caracterizaban la realidad de la Isla desde el siglo XIX, a partir de 1860, en la medida en que se agudizan los conflictos entre la sociedad colonial cubana y la metrópoli española. Una parte significativa de dicha migración, establecida en Estados Unidos, daría lugar a una comunidad exiliada, atendiendo a la situación política que obligó a figuras de relieve a establecerse en dicho país, y a la connotación patriótica de sus actividades allí, en función de la organización y apoyo al proceso independentista en la Isla. Los cálculos establecidos por la historiografía fijan a fines de ese siglo una cifra aproximada de veinticinco mil cubanos en Estados Unidos, radicados fundamentalmente en regiones del sur y del noreste.

La dinámica migratoria proseguiría durante la primera mitad del siglo XX, en el seno de la sociedad neocolonial cubana, bajo el condicionamiento de la hegemonía y cercanía geográfica del Vecino del Norte. Así, se calcula que a finales de la década de 1950

² Véase Ricardo Domínguez Guadarrama, “Cuba y Estados Unidos: el largo camino del reconocimiento”, *Latinoamérica. Revista de Estudios Latinoamericanos* (México, CIALC-UNAM), núm. 60 (2015-1), pp. 53-92; y Jorge Hernández Martínez, “El conflicto Cuba-Estados Unidos y la dinámica hemisférica: más allá de la coyuntura”, *Cuadernos Americanos*, núm. 153 (julio-septiembre de 2015), pp. 159-182.

la población cubana en ese país alcanzaba aproximadamente entre cincuenta y sesenta mil personas, muchas de las cuales buscaban allí horizontes económicos en el mercado de la fuerza de trabajo. En 1990 el censo de población de Estados Unidos registró una cifra que superaba un millón cuarenta mil personas de origen cubano, entre inmigrantes y descendientes y, en 2000, más de un millón cien mil.³

Han transcurrido seis décadas desde que, a partir del triunfo de la Revolución Cubana en 1959, se despliega una significativa migración que tiene como principal destino a Estados Unidos y a la ciudad de Miami, en el estado de Florida, si bien un gran número de cubanos se iría radicando también en otros centros urbanos de ese país, así como en España y Venezuela. Como denominador común, esos primeros migrantes salieron de la Isla en un marco de confrontación ante los profundos cambios que se estaban produciendo, que incluían la expropiación de tierras, negocios e industrias y la nacionalización de la economía.

Tras ese éxodo inicial comienza un proceso, que se mantiene de forma prácticamente constante, el cual acrecienta de manera vertiginosa la conformación de comunidades o asentamientos de cubanos en dichos países, que se extendían a otras ciudades norteamericanas, como las de Hialeah, en el estado de Florida, Union City y West New York, en el de New Jersey, y las de Madrid y Valencia, respectivamente, en España y Venezuela. El resultado básico de ese drenaje migratorio —más allá de constituir un proceso demográfico, como movimiento internacional de personas— fue de carácter político. De cierta manera, se trataba de una migración forzosa, en la medida en que las razones y motivaciones de las personas implicaban la búsqueda de refugio, al ser enjuiciados unos por la legalidad revolucionaria, resentidos otros por la pérdida de propiedades, junto a familias atemorizadas por la orientación política radical que se prefiguraba aun antes de que oficialmente se declarara el carácter socialista de la revolución en 1961.

Ese proceso —desarrollado a través de un flujo migratorio sistemático, que comprendió fases de mayor intensidad, cual oleadas que en circunstancias de crisis llevaron consigo desplazamientos masivos significativos— fue estimulado desde muy temprano por la política de Estados Unidos, al identificarse a la migración como una pieza funcional en el diseño y puesta en marcha de un proyecto subversivo enfilado contra la Revolución Cubana. En tal contexto

³ Véase Aja Díaz, *Al cruzar las fronteras* [n. 1].

se ubica el surgimiento del exilio cubano contemporáneo, es decir, se configura como consecuencia de las radicales y profundas transformaciones políticas que bajo el liderazgo de Fidel Castro se desatan en la Isla a partir del primero de enero de 1959.

Considerado en la literatura sociológica y politológica especializada como el “exilio histórico”, se trata de un fenómeno cuya articulación data de ese mismo año y comienzos del decenio de 1960, con el establecimiento en las mencionadas ciudades de grupos de migrantes o de comunidades de cubanos que, en su mayoría, procedían de la burguesía, la pequeña burguesía y otros sectores que fueron afectados por las nuevas leyes revolucionarias, junto a militares y, en general, personal vinculado a las estructuras políticas y castristas del gobierno dictatorial que encabezaba el presidente Fulgencio Batista.

El naciente exilio, por tanto, no era homogéneo. Desde el punto de vista de su composición social y clasista se conformó por segmentos diversos de la sociedad cubana, en los que predominaban los nombrados, pero abarcaba también una amplia gama de individuos y familias completas, provenientes tanto de capas medias como de trabajadores, empleados en muchos casos en la esfera de los servicios y en labores domésticas, en cuyos mundos subjetivos se mezclaban diversos motivos: inseguridad, temor, rechazo y cierto contagio psicológico o reacción imitativa, ya que no pocos se marchaban del país siguiendo el ejemplo de patrones, amistades y vecinos, sin convicciones políticas definidas. Los estereotipos y prejuicios existentes entonces sobre el comunismo y sus excesos estaban generalizados en el contexto social e ideológico de la sociedad cubana, como en muchas otras partes de América Latina, en las que las clases dominantes, representadas por los gobiernos de turno, los divulgaban e imponían a través de los aparatos ideológicos del Estado: instituciones educativas, culturales y formadoras de la opinión pública, como la televisión y la radio, unidas a productos del arte como el cine, las historietas gráficas y las tiras cómicas.⁴ Quienes habían nutrido en la Isla las filas de las nacientes organizaciones opositoras contrarrevolucionarias, y terminado en prisión, neutralizados por los órganos de la seguridad estatal cubana, integrarían, al ser liberados, el núcleo del éxodo migratorio y serían componentes centrales en la estructuración del citado exilio histórico; con ese fin crearían agrupaciones polí-

⁴ Véase Guillermo Grenier y Lisandro Pérez, *The legacy of exile: Cubans in the United States*, Nancy Foner, ed., Boston, Allyn & Bacon, 2003 (*New Immigrants Series*).

ticas y medios de comunicación que organizaban o incentivaban actividades dirigidas a derrocar la revolución y al retorno al país, algunas de ellas con una definida connotación terrorista, fijaban una notoria cultura de intolerancia y un clima de presión psicológica en las comunidades de migrantes cubanos, que creaba o imponía un consenso frente al cual no cabía la discrepancia.⁵

*La política de Estados Unidos
hacia la migración cubana
y el mapa político del exilio*

Así, la política gubernamental de Estados Unidos estableció, prácticamente desde el triunfo mismo de la Revolución Cubana, un esquema subversivo intervencionista que ha mantenido vigencia y adquirido relieves descollantes en determinadas etapas, como las de Dwight Eisenhower, John F. Kennedy, Richard Nixon, Ronald Reagan, George W. Bush, Barack Obama y Donald Trump, tanto durante administraciones demócratas como republicanas, liberales o conservadoras, entre variantes que han aplicado en unos casos el “poder duro” (bloqueo, asfixia económica, aislamiento diplomático internacional, actos terroristas, negación de visas), en otros el “blando” (influencia ideológica, robo de cerebros, intercambios académicos, culturales, deportivos, religiosos, relaciones pueblo a pueblo, otorgamiento de visas), y en el que con frecuencia se aprecia la combinación de ambos métodos.

En ese esquema se identificó con precocidad la utilización de la migración como un instrumento subversivo, al incitar, por un lado, la salida ilegal de la Isla mediante la creación del Programa de Refugiados y la Ley de Ajuste Cubano, a comienzos de los años sesenta, como vía de desestabilización del proceso revolucionario, y al propiciar, por otro, el uso de las organizaciones del exilio para la realización de acciones de infiltración dentro de territorio cubano con el propósito de estructurar la contrarrevolución interna para llevar a cabo actos de sabotaje y atentados a los revolucionarios. En ese contexto, el accionar del exilio histórico se vio beneficiado con la imagen de no pocos exponentes relevantes de la intelectualidad cubana que pusieron sus nombres al servicio del sistema ideológico de propaganda que denigraba a líderes de la revolución y condenaba, por cobardía o traición patriótica, a sus homólogos —escritores

⁵ Véase Jesús Arboleya Cervera, *Cuba y los cubanoamericanos: el fenómeno migratorio cubano*, La Habana, Casa de las Américas, 2013.

y artistas— que decidieron permanecer en la Isla. Esta tendencia no fue monolítica ni en todos los casos implicó una manipulación maniquea del gobierno estadounidense, pero contribuyó a cohesionar la ideología predominante en dicho exilio y a fomentar la intransigencia en las comunidades de cubanos emigrados.⁶ Figuras como las de Guillermo Cabrera Infante (en los años sesenta) y Jesús Díaz (en los noventa) aportaron a esa historia.

A través del tiempo, tales organizaciones ganaron en membresía, visibilidad y papel político en la vida local en los asentamientos mayores de migrantes, como Miami, Hialeah, Union City, Valencia, Madrid, conformando una red contrarrevolucionaria subordinada a, o insertada en, la política exterior norteamericana.⁷ En ese rubro sobresalían Alpha 66, Omega 7, el Movimiento 30 de Noviembre, los Comandos L, la Junta Patriótica Cubana, el Partido Socialdemócrata Cubano, la Coordinadora de Organizaciones Revolucionarias en el Exilio, Recuperación Cubana en el Exilio, Plataforma Democrática Cubana, Municipios de Cuba en el Exilio, Hermanos al Rescate y la Fundación Nacional Cubano-Americana (FNCA), entre las principales; en ellas participaban personajes destacados como Eloy Gutiérrez Menoyo, Andrés Nazario, Huber Matos, Jorge Mas-Canosa, Jorge Mas-Santos, algunos de los cuales, como Mario y Lincoln Díaz-Balart, Ileana Ross-Lehtinen, Robert, *Bob*, Menéndez, Marcos Rubio, Ted Cruz, quienes en fechas relativamente recientes se ubican en estructuras legislativas y sobresalen en ámbitos políticos estatales y nacionales, así como en círculos empresariales y financieros, con capacidad, además, de influencia económica. Como regla, mantuvieron la intención de incidir en la toma de decisiones con respecto a Cuba en las instancias del gobierno de Estados Unidos, alcance que con frecuencia la literatura académica y la prensa especializadas han sobrestimado, y afirmado incluso, con cierta asiduidad, que la política estadounidense hacia la revolución no se fabricaba en Washington, sino en Miami.

La historia ha demostrado, sin embargo, en más de una ocasión, que ante circunstancias críticas en las relaciones bilaterales

⁶ Véanse Guillermo Grenier, “The creation and maintenance of the Cuban American ‘exile ideology’: evidence from the FIU Cuba poll 2004”, *Journal of American Ethnic History* (University of Illinois Press), vol. 25, núm. 2-3 (invierno-primavera de 2006), pp. 209-224; y María de los Ángeles Torres, *In the land of mirrors: Cuban exile politics in the United States*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 2012.

⁷ Véase Ernesto Rodríguez Chávez, “Determinantes de la emigración cubana actual y su impacto en la redefinición del fenómeno”, *Caderno CRH* (Salvador de Bahía, Brasil), núm. 32 (enero-junio de 2000), pp. 149-169.

entre Estados Unidos y Cuba, en las que la Fundación Nacional Cubano-Americana y otras organizaciones presionaron de manera descollante e histórica, lo que prevaleció fue la razón de Estado. Por ejemplo, al procurar que se interrumpieran acuerdos entre los dos gobiernos encaminados a solucionar problemas de la mayor importancia, como la pacificación en el Cono Sur africano en 1988, que implicaba el cese del apoyo militar norteamericano a Sudáfrica, la retirada de las tropas cubanas de Angola y la independencia de Namibia, y la firma del Acuerdo Migratorio para resolver la crisis de los balseros, en 1994. Con ello lo que se quiere subrayar es que la política de Estados Unidos hacia Cuba ha dependido mucho más de la *raison d'État* norteamericana, es decir, de los intereses permanentes de las élites de poder, que de los objetivos de una u otra administración de turno (demócrata o republicana, en términos partidistas, liberal o conservadora, en términos ideológicos), o de los propósitos de los grupos de presión del exilio de la Isla, al estilo de la Fundación Nacional Cubano-Americana. Cuba es considerada, por consiguiente, en el expediente de ayer y de hoy del sistema político de Estados Unidos, como un asunto que concierne tanto a su política interna, con una connotación simbólica, como a la orientación pragmática de su proyección exterior. En los ejemplos aludidos se concretaron procesos de diálogo y concertación jurídica, a contrapelo de las presiones del exilio, cuyas argumentaciones acusaban al gobierno de Estados Unidos de traición, al negociar con un ilegítimo cadáver político.

Como complemento del mapa político del exilio, de manera paralela al desarrollo de las organizaciones representativas de la ideología contrarrevolucionaria dominante, y con mucha menor fuerza y presencia, nacen también de modo paulatino otras, portadoras de voces alternativas desafiantes, como la Brigada Antonio Maceo, la Alianza de Trabajadores Cubanos y la Alianza Martiana, donde se hicieron conocidas figuras como la de Carlos Muñiz Varela, asesinado por grupos terroristas, Francisco Aruca y Andrés Gómez; este último se mantuvo muy activo y realizó constantes viajes entre Miami y La Habana.

La Fundación Nacional Cubano-Americana ha sido quizás, en ese contexto, la organización más conocida, que logró introducirse en el sistema político norteamericano, en los medios de Washington, como *lobby* o grupo de presión, con el apoyo de la administración republicana de Ronald Reagan, en la década de 1980, que mantuvo su protagonismo más allá de la muerte de Mas-Canosa,

dados los vínculos de amistad personal de su hijo, Jorge Mas-Santos, con los hijos de quien fuese el vicepresidente de Reagan durante ocho años, y luego presidente por un único mandato, el también republicano George H. Bush.⁸

En los años noventa, cuando ocupaba la presidencia el demócrata William Clinton, las presiones del exilio cubano condicionaron notablemente la política de Estados Unidos hacia Cuba. Con la aprobación de la Ley Torricelli, en 1992, y la Ley Helms-Burton, en 1996, se reforzaron las regulaciones y restricciones establecidas por el bloqueo desde su nacimiento, al imprimirle un carácter extraterritorial que agrega una verdadera persecución financiera transnacional a los intentos de Cuba por ampliar sus espacios y relaciones comerciales en Europa y otras latitudes.

La Fundación Nacional Cubano-Americana renace bajo el doble gobierno de George W. Bush y la gobernatura en el estado de Florida de su hermano, Jeb Bush, ambos de la misma afiliación partidista que su padre. Sin embargo, la declinación institucional de la pujanza del exilio tradicional comienza a percibirse desde los inicios del presente siglo, a partir de la confluencia de diversos factores que se intensifican en las dos últimas décadas. Hoy día, la mayor parte de las organizaciones mencionadas ha disminuido su repercusión pública, capacidad de influencia gubernamental y de movilización popular entre los emigrados.

Las tendencias actuales

AUNQUE ha tenido lugar sin anuncios previos y oficiales, como es la práctica gubernamental acostumbrada ante situaciones tan sensibles como las vinculadas a las políticas migratorias, el presidente estadounidense Donald Trump ha suspendido en los dos últimos años la marcha de los acuerdos migratorios establecidos desde 1994, a raíz de lo que se conoció entonces como la “crisis de los balseros”, causada por la difícil situación económica en la Isla tras la desaparición de la Unión Soviética y del campo socialista en Europa Oriental, lo que afectó sustancialmente un flujo aproximado de migrantes que alcanzaba unas veinte mil personas anuales.

⁸ Véase Lisandro Pérez, “Cuban Americans and U.S. Cuba policy”, en Josh DeWind y Renata Segura, eds., *Diaspora lobbies and the U.S. government: convergence and divergence in making foreign policy*, Nueva York/Londres, New York University Press/SSRC, 2014, pp. 142-159.

En ese contexto, las visitas de cubanos residentes en la Isla a familiares en Estados Unidos se verían a la vez afectadas y reducidas en la práctica a su mínima expresión, como resultado del cierre de las oficinas consulares norteamericanas en Cuba. Por otro lado, se registra desde entonces una visible ralentización en la aplicación de la vieja Ley de Ajuste Cubano, lo que repercute en el estatus legal de miles de migrantes que llegan a la sociedad estadounidense, “la tierra prometida”, la del “sueño americano”, procedentes de Cuba en los últimos años.

No puede obviarse, en el cuadro descrito, la cancelación realizada por el gobierno de Barack Obama en 2017 de la conocida política establecida por Estados Unidos desde la década de los noventa, relacionada con la crisis mencionada, según la cual, si el cuerpo de guardacostas de dicho país interceptaba y capturaba en alta mar a los migrantes, los regresaba a la Isla en sus rústicas e inseguras embarcaciones (en su mayoría se trataba de balsas y pequeños botes), en tanto que aquellos que alcanzaban el territorio estadounidense por tierra eran admitidos y bienvenidos. Se trata de la interrupción de la política denominada “pie seco/pie mojado”, que hasta esa fecha favorecía la permanencia de migrantes ilegales cubanos en Estados Unidos.

De esa manera, inesperada y vertiginosa, los migrantes cubanos transitan de ser los más privilegiados de Estados Unidos a uno de los grupos con mayores restricciones del mundo. Con ello, se pierde buena parte del condicionamiento que hacía de la migración cubana un exilio. En esta situación confluye el hecho de que los políticos identificados como “cubanoamericanos” han sido en realidad cada vez más norteamericanos y cada vez menos cubanos; en muchos casos se trata de individuos nacidos en Estados Unidos y, en otros, de personas que salieron de Cuba a temprana edad y fueron insertándose en las estructuras sociales, económicas, políticas y culturales del país del norte, porque “ese país” sería Cuba. En esa medida, han ido perdiendo la funcionalidad que tenían en el diseño de una proyección gubernamental que alimentaba, en términos objetivos y subjetivos, la imagen de un exilio dorado. Las premisas que condicionaban la excepcionalidad del lugar de los migrantes cubanos en la sociedad norteamericana —así como el carácter preferencial de la política de Estados Unidos hacia las comunidades de cubanos allí asentadas— habían cambiado. En resumen, en la actualidad está teniendo lugar un proceso de dirección contraria. A los políticos de la derecha cubanoamericana y al

enfoque gubernamental de Trump les resulta funcional o conveniente que lleguen pocos migrantes cubanos al territorio nacional y que se demoren en avanzar en el proceso de obtención de la residencia permanente, de la ciudadanía y del logro de una inserción ágil en las estructuras socioeconómicas, políticas y culturales de ese país.

En ese cambio también influye el interés de Estados Unidos de promover o estimular tensiones políticas y sociales en la Isla: al limitar las posibilidades migratorias “aumenta la presión en la caldera doméstica”, lo que fomenta el descontento entre la población y la oposición y el enfrentamiento al gobierno.

Sin embargo, para Cuba lo más preocupante no son las dificultades para viajar como resultado de la política norteamericana, sino que, aun así, los niveles migratorios continúan siendo muy altos, sobre todo entre los jóvenes en plena capacidad laboral. Se trata de un fenómeno endógeno, relacionado con la situación económica del país y la satisfacción de las expectativas existenciales de estos sectores, por lo que su solución rebasa las posibilidades de cualquier política migratoria. Por cierto, en Cuba no se han establecido en este reciente entorno nuevas restricciones migratorias, luego del proceso de flexibilización y apertura al respecto que tuvo lugar en los últimos años; el flujo de migrantes hacia otras partes tiende a compensar las limitaciones impuestas por Estados Unidos y los niveles de salidas ilegales se mantienen bajos, lo que ha garantizado cierta estabilidad interna alrededor del tema.

Los déficits de la política migratoria cubana ya no están referidos a los procesos de salida y entrada al país, sino al tratamiento a los emigrantes durante su estancia en el extranjero. Los cambios en la aludida política adoptada a partir de 2013 tienden a resolver el vínculo legal con el país de aquellas personas que emigraron desde esa fecha, aun cuando se mantengan las restricciones para los que salieron con anterioridad.

En la actualidad, bajo el gobierno de Trump, es notoria la relevancia de varias figuras de origen cubano (cuyas identidades, según se indicaba, se definen más como estadounidenses que como cubanoamericanos), que fundamentalmente desde las filas del Partido Republicano y las instancias parlamentarias desempeñan una influencia decisiva en el enfoque de la hostil política hacia Cuba y en general, en la orientación de extrema derecha que distingue a la política de Estados Unidos hacia los procesos y gobiernos progresistas, emancipadores y antiimperialistas en América Latina. Algunas de ellas aspiraron por el mencionado

partido, incluso, a la nominación presidencial. A partir de ahí, se ha tratado con atención el tema en no pocos medios intelectuales y periodísticos, considerándose que el exilio cubano ha adquirido una energía política renovada.

En rigor, esta última apreciación sobredimensiona la envergadura cualitativa de dicho exilio, basada en una percepción errónea, que magnifica el papel de determinados individuos (Marcos Rubio, Mauricio Claver-Carone, Lincoln y Mario Díaz-Balart, Ted Cruz). Si bien ellos cuentan con respaldo partidista y gubernamental y han aprovechado de modo oportunista determinados espacios y ocupado posiciones institucionales, no son representativos de un exilio —como fenómeno sociológico—, cuyo sujeto político se halla notablemente envejecido desde el punto de vista demográfico y generacional, con reducidas bases de sustentación social y un discurso autoritario e intolerante que era típico del exilio histórico, pero que ha ido perdiendo resonancia y capacidad movilizadora a nivel popular. Su proyección retórica se ha quedado como congelada, saturada de definiciones estáticas, anacrónicas, acompañadas de rigidez, dogmatismo e intransigencia, con un pobre activismo político efectivo. Lo que está sucediendo es una consolidación del proceso que en los últimos decenios venía caracterizando el cambio en ese exilio inicial. En resumen, desde los años noventa y hasta el presente, se ha ido modificando su naturaleza, transfigurándose de manera gradual aquel exilio en una comunidad de inmigrantes primero y en un grupo étnico después.⁹ Así, se visualizan señales de nuevas tendencias. El exilio cubano se halla hoy en plena transición.

La vida política de la emigración cubana se caracteriza, en sentido general, por un gran dinamismo, por frustraciones, búsquedas, aperturas y cierres, posiciones de moderación política, intereses en la relación con la Isla por encima de su gobierno, en mantener las visitas, junto a posturas de intolerancia y dogmatismo ancladas en la tradición ideológica inicial del exilio histórico. Ello tiene lugar, desde luego, en estrecha relación con lo que ocurre en Cuba, en la medida en que las diferentes percepciones que coexisten en la migración se construyen a partir de sus procesos internos. En este sentido, se aprecian distintas tendencias en el arco ideológico del

⁹ Véanse Max J. Castro, “¿Habrá transición en la ideología del exilio?”, *Temas* (La Habana, Ministerio de Cultura), núm. 12-13 (octubre de 1997-marzo de 1998), pp. 191-202; y Jorge Hernández Martínez, “Antinomias en la cultura política de la emigración cubana en Estados Unidos”, *Temas* (La Habana, Ministerio de Cultura), núm. 10 (abril-junio de 1997), pp. 63-74.

llamado “Miami cubano”, al que se asume como epicentro de la migración de la Isla en su conjunto —aunque no sea representativo de los procesos de cambio que tienen lugar en ese universo—, sobre la base de la gravitación ideológica de los sectores de poder que allí aún predominan, cuyo control de los medios de comunicación impone su visión e intereses, a contrapelo de aspiraciones de crecientes segmentos de población cubana, que desde el extranjero se interesan en normalizar las relaciones con su país de origen a partir de intereses tanto familiares como económicos y políticos.

Los procesos son contradictorios. Por un lado, la sobrevivencia de la revolución, en medio de enormes dificultades, ha fortalecido la convicción de los segmentos minoritarios del exilio histórico acerca de que es necesario utilizar el estrangulamiento económico y la vía violenta como solución definitiva, en contubernio con gobiernos norteamericanos como lo fueron ayer, en sus momentos, el de Ronald Reagan y George W. Bush, como lo es hoy el de Donald Trump. Por otro, la ya vieja experiencia de Europa del Este ha seguido alimentando las esperanzas de que con recetas similares se lograría la llamada “transición” pacífica al capitalismo en Cuba. Esto ha sostenido a aquellos proyectos que tratan de presionar internacionalmente a la revolución a través de gobiernos y partidos políticos en Europa y América Latina, al tiempo que estimulan la oposición supuestamente “civilizada, no violenta”, dentro de Cuba, que por cierto, ha ido perdiendo dinamismo, legitimidad, credibilidad y membresía, sin ninguna capacidad real de impulsar cambios políticos en el país.

Ante la dinámica interna en la Isla —que incluye en medio de muchos e importantes apuros cierta reanimación económica relativa, reformas del trabajo por cuenta propia, una significativa reinserción internacional, la flexibilización de la política migratoria y hacia la emigración, y una definida capacidad de resistencia ante el hegemonismo estadounidense— se crean condiciones que favorecen la expectativa y las tendencias y organizaciones del mundo emigrado.¹⁰ Ellas se distancian de las alternativas dogmáticas e intransigentes del exilio histórico, y promueven opciones desde la moderación y el respeto a las diferencias, comprometidas con la soberanía nacional. Exponentes de estas tendencias han incremen-

¹⁰ Véase Ernesto Domínguez López, Landy Machado Cajide y Dalia González Delgado, “Nueva inmigración y comunidad cubana en Estados Unidos en los albores del siglo XXI”, *Migraciones Internacionales* (Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte), vol. 8, núm. 4 (julio-diciembre de 2016), pp. 105-136.

tado y mantenido sus vínculos con Cuba durante los últimos años y cuestionan la política de Trump, que limita o impide visitas y remesas, bajo la presión de exponentes del exilio cubano que lo estimulan y acompañan.

A pesar de todo, las visitas a Cuba por parte de los emigrados se mantienen. Otro tanto sucede con el envío de remesas a los familiares en la Isla, que sortean obstáculos con gran capacidad imaginativa y burlan la legalidad norteamericana, asumiendo, claro está, riesgos legales. En Miami, como en otras áreas donde se concentran comunidades relevantes de cubanos en el exterior, desde hace más de dos decenios pueden comprarse los CDs con la música de destacados autores cubanos —no pocos de los cuales viajan a ésa y a otras ciudades estadounidenses con reiteración—, y DVDs con películas recientes facturadas en Cuba. Escritores, artistas y académicos emigrados o exiliados participan habitualmente en eventos culturales o científicos en la Isla.

Los procesos que viven la migración y el exilio, en efecto, son complejos y contradictorios. Estas características se incrementan con la diversidad exacerbada que define al proceso migratorio en la actualidad, a partir de las constantes llegadas a Estados Unidos y otros países de personas de la Isla, muchas de ellas nacidas después de 1959, quienes se han socializado y educado bajo la influencia de la revolución y, a pesar de lo que probablemente quisieran, no pueden escapar totalmente a ese condicionamiento objetivo.

A ello se suma la presencia que van adquiriendo en la vida social, cultural y económica de lo que ya no sería un exilio histórico, los jóvenes de segunda o tercera generación (hijos o nietos de los emigrados de los años sesenta, setenta y ochenta), que ya se han hecho adultos o al menos adolescentes, quienes no conocieron directamente la sociedad cubana, no la han visitado, sino que tienen una imagen legendaria de la Isla, a partir de las historias, recuerdos y vivencias de sus familiares. Estos jóvenes, por tanto, como en parte es el caso de los balseros y de los que llegan a Estados Unidos mediante el sorteo, en lo fundamental no se proyectan con la obsesión ni el resentimiento hacia la revolución de sus padres o abuelos. Y en el caso de aquellos que en fechas relativamente recientes han dejado en Cuba a familiares, les resulta imperioso mantener el contacto con el país de procedencia.¹¹

¹¹ Véase Antonio Aja Díaz, María Ofelia Rodríguez Soriano, Rebeca Orosa Busutil y Juan Carlos Albizu-Campos Espiñeira, “La migración internacional de cubanos:

SOBRE las bases expuestas, la situación más reciente de la migración cubana apunta hacia una nueva etapa, definida por contradicciones, en la que todavía coexisten una cultura de intolerancia y un activismo político minoritario en sentido cuantitativo —pero con rasgos cualitativos de peso—, junto a voces alternativas y rechazos al exilio histórico, cuya expresión en términos sociológicos es decreciente y se aleja cada vez más de lo que fue. Sus transformaciones tienen como telón de fondo los procesos de cambio que se han venido analizando.¹² Las perspectivas se orientan hacia una profundización de las tendencias señaladas, es decir, hacia la continuidad de los cambios sociodemográficos, político-ideológicos e incluso culturales del exilio cubano, cuyas características generacionales implican la desaparición física de sus líderes históricos, una renovación de su estructura etaria, con predominio de jóvenes con menor capacidad de comunicación en idioma español, en el caso de la descendencia de los primeros exiliados, sin conocimiento directo de la Isla. Pero a la vez, junto a crecientes figuras que han emigrado de Cuba en fechas recientes, marcadas por la dinámica social establecida y que, en medio de muchas contradicciones por la revolución, mantienen el contacto cotidiano con el mundo de familiares, amigos y vecinos que dejaron atrás.

De ahí que pueda afirmarse, al examinar el momento político actual del exilio cubano y al pensar en su evolución, la necesidad de valorar una serie de factores que gravitarán sobre el futuro y apuntan en su interrelación hacia dimensiones específicas que harán aún más compleja la cultura política de la migración en su conjunto, y del exilio en particular, al plantear interrogantes e hipótesis a indagar y debatir. Entre tales factores no pueden omitirse los siguientes: *a)* el proceso demográfico de cambios generacionales por el envejecimiento de la primera generación, que ha sido base social del exilio histórico y de algunos segmentos de la izquierda, junto al auge natural de la segunda generación; *b)* el proceso de inserción, de integración social y cultural a la sociedad receptora, principalmente en Estados Unidos, o sea, la definitiva evolución del exilio

escenarios actuales”, *Revista Novedades en Población* (La Habana, CEDEM), vol. 13, núm. 26 (julio-diciembre de 2017), pp. 40-57.

¹² Véase Silvia Pedraza-Bailey, “Cuba’s exiles: portrait of a refugee migration”, *The International Migration Review* (Nueva York, Center for Migration Studies), vol. 19, núm. 1 (primavera de 2015), pp. 4-34: <DOI:10.2307/2545654>.

hacia comunidad inmigrante y hacia grupo étnico; *c*) el proceso de transición específico que tenga lugar en el enclave de Miami, por su significado central para la comunidad cubana y el exilio histórico que allí se forjó; *d*) la inyección de nuevos migrantes cubanos, con motivaciones y aspiraciones diferentes, así como con orientaciones ideológicas y compromisos políticos distintos; *e*) los procesos que tengan lugar en Cuba, junto a la percepción sobre los mismos en el exterior.¹³

Entre tanto, la política de Estados Unidos hacia la Isla arrecia su agresividad y enrarece el clima bilateral, del cual la migración ha sido, durante mucho tiempo, rehén inevitable. En Estados Unidos radica la mayor parte de los cubanos que residen en el exterior y que alcanza una cifra cercana a los dos millones. Más allá de las raíces que se encuentran en la base de la historia del proceso migratorio cubano posterior al triunfo de la revolución y del legado que llega al presente a través de sesenta años en los que la intolerancia satura las proyecciones hacia la Isla, los cambios operados y los que se encuentran en curso propician un contexto objetivo y subjetivo que condiciona o, más exactamente, determina la transición sociodemográfica, política y cultural de lo que ha sido el exilio histórico cubano, en el marco de la tercera década del siglo en curso.¹⁴

En su sentido más amplio, las migraciones latinoamericanas como proceso histórico han seguido el trayecto Sur-Norte, que conforma un padrón en el que las motivaciones económicas han tenido un sitio central, al que le acompaña el envío de remesas a los países de origen y una migración de retorno, con circularidad: el cubano ha ido acercándose cada vez a ese padrón.¹⁵ En la medida que pasan a un segundo orden las razones políticas y el carácter definitivo de la salida de la Isla, la migración cubana incluye tam-

¹³ Véase Susan Eckstein, “La transformación de la diáspora y la transformación de Cuba”, en Joseph Tulchin, Lilian Bobsa, Mayra P. Espina Prieto, Rafael Hernández y Elizabeth Bryan, eds., *Cambios en la sociedad cubana desde los noventa*, Washington, DC, Woodrow Wilson Center, 2005 (*Woodrow Wilson Center Report on the Americas*, núm. 16), pp. 245-268.

¹⁴ Véase Jorge Duany, “Cuban migration: a postrevolution exodus ebbs and flows”, *Migration Information Source* (Washington, DC, MPI), 6-VII-2017, pp. 1-11, en DE: <<https://www.migrationpolicy.org/article/cuban-migration-postrevolution-exodus-ebbs-and-flows>>. Consultada el 10-IX-2019.

¹⁵ Véase Adalberto Santana, coord., *Proyección global de la migración latinoamericana*, México, CIALC-UNAM, 2008 (Col. *Política, economía y sociedad en América Latina y el Caribe*, núm. 5).

bién el regreso y el sentido de brindar “ayuda” a las familias que quedan en Cuba.

La perspectiva futura de la migración cubana, empero, estará condicionada por los efectos que, del corto al mediano plazo, pueda introducir la administración que se establezca como resultado de las elecciones de 2020 en Estados Unidos (una permanencia de Trump en la Casa Blanca, de otra figura republicana en el caso de que el juicio político lo desplace de la presidencia y triunfe ese partido o resulte victorioso el candidato demócrata), y por el derrotero de la situación cubana bajo las nuevas estructuras de gobierno (en 2021 tendrá lugar el Congreso del Partido Comunista y se constará el éxito o fracaso del modelo económico en marcha).

RESUMEN

Análisis de la migración posterior a 1959, que se origina en Cuba con destino a Estados Unidos en el contexto más amplio de las tendencias históricas de la migración internacional de cubanos. Muestra los factores y condiciones que influyen en ese proceso para explicar su evolución hasta el presente y distinguir entre la migración como desplazamiento demográfico y el exilio como fenómeno político. Abordaje de estos desarrollos durante un conflicto económico-político prolongado por sesenta años.

Palabras clave: factores históricos de la migración, exilio político, relaciones Cuba-Estados Unidos, Revolución Cubana, comunidad cubana en Estados Unidos, balseros.

ABSTRACT

Analysis of the migration since 1959, from Cuba to the United States, in the broader context of historical trends of Cuban international migration. It focuses on the different factors and conditions affecting this process so as to explain its evolution to the present, distinguishing between migration as a demographic process from exile as a political phenomenon. The article approaches the development of this situation during the economic and political conflict that has gone on for more than 60 years.

Key words: historic factors of migration, political exile, Cuba-USA relationship, Cuban Revolution, Cuban community in the USA, Cuban rafters.